

A close-up portrait of Victoria Villarruel, a woman with long, wavy brown hair, wearing a bright red blazer and red earrings. She is looking directly at the camera with a slight smile. A small blue and white ribbon bow is pinned to her lapel.

LA GENERALA

Biografía no autorizada de Victoria Villarruel,
la vicepresidenta que desafía a los Milei

EMILIA DELFINO

Espejo de la Argentina  Planeta

EMILIA DELFINO

LA

GENERALA

Biografía no autorizada de Victoria Villarruel,
la vicepresidenta que desafía a los Milei

Espejo de la Argentina  Planeta

Índice

Introducción	7
Prima donna	
CAPÍTULO I. EL PROBLEMA DE SER VICEPRESIDENTE	11
Gomina para la peluca	11
La batalla cultural	18
Tácticamente Villarruel	22
El Senado.	28
El drama del equipo propio.	36
La revancha del dolor.	41
El problema de ser vicepresidente.	45
CAPÍTULO II: LA CONSTRUCCIÓN DE VICTORIA, FASE I.	53
Correo	53
Una carrera contra el tiempo.	60
La disputa por la verdad.	67
La joven militancia	70
Más que convicciones, estrategia	78
CAPÍTULO III: LA CONSTRUCCIÓN, FASE II	83
Los hombres detrás de la dama	83
El don de la palabra	98
CAPÍTULO IV: HIJA TUYA	101
Un soldado secuestrado	101
Un golpe de culata	102
Misas en tu honor	112

Una brújula para matar	115
Últimos años de la dictadura	127
Testigo en tu honor.	128
Comando en la guerra	136
Un baño de conspiraciones	143
Traspiés entre papeles	149
 CAPÍTULO V: ESPEJOS	 155
Sombreros	155
Una mantilla	168
Una gorra	177
Un velo.	182
Sinsombrero	187
 CAPÍTULO VI: OTROS HOMBRES	 193
El abuelo Quico	193
La abogada de Roca	203
Entre retirados (y no tanto)	207
Un tío en combate	214
Oficial de Inteligencia	217
El Gato.	224
 CAPÍTULO VII: TORMENTAS Y TRAICIONES	 241
Montenegro.	241
Archivo.	250
Rabieta.	255
Dos ministerios y una secretaria.	259
El proyecto.	262
Sobre la lealtad	268
Tormentas de campaña	274
Relámpagos y días agridulces.	277
Generala, gaucho y capitán	283
 Bibliografía y fuentes documentales y periodísticas.	 285
Agradecimientos	287

Capítulo I

El problema de ser vicepresidente

“El voto ya demostró que a mí los argentinos no me repudian”.

V. E. V.

Gomina para la peluca

En 2021 Javier Milei buscaba a su compañera de fórmula para competir como diputado de la Nación por la Ciudad de Buenos Aires, su primer cargo político y electivo. El encargado de elegir a la segunda de la lista de La Libertad Avanza era su asesor de campaña, el politólogo Mario “Pato” Russo.

Russo viene del peronismo bonaerense, es un conservador nacionalista y peronista, un provocador, batallador de la guerra cultural de la derecha. Nació en 1981. Hizo un posgrado en Etología (estudio del comportamiento animal) en la Universidad Nacional de La Plata y se especializó en comunicación no verbal. Siempre está con un libro en la mano. Se parece a Milei. Pero se parece más a Villarruel.

El armador, que le había entregado al economista libertario la estrategia para ganar las elecciones legislativas de 2021 en el distrito porteño, recibió tres opciones: la humorista y conductora Lizy Tagliani —nunca trascendió por qué—, la comunicadora libertaria Rebeca Fleitas y la presidenta de la organización civil Centro de Estudios Legales sobre el Terrorismo y sus Víctimas

(Celtyv), Victoria Villarruel. No dudó ni un segundo. Se había formado en la batalla cultural, era estructurada, sólida y rápida para contraargumentar. Y conservadora, como él, no “grasa, como Milei”. Se acercó a ella con una premisa natural para un bilardista: lo importante siempre es ganar.

Llegó a ella rápidamente porque comparten un conocido en común. Más que conocido, para Russo es su padrino político: el también bahiense Vicente Massot. Abogado, empresario y el primer periodista en ser acusado por supuestos delitos de lesa humanidad durante la última dictadura, Massot es uno de los hombres detrás de la construcción de Villarruel como figura pública y como presidenta de la organización que lucha por los derechos de las víctimas de las organizaciones armadas de los años 70. Al menos, eso es lo que cuenta él, aunque ella no lo reconozca.

Russo llamó a Massot y le consultó al exdueño del diario *La Nueva Provincia* si creía que Villarruel aceptaría ser candidata a diputada junto con Milei. Massot se comunicó inmediatamente con ella: “Está yendo ‘Pato’ Russo a verte, recíbelo”. Habían esperado ese momento durante años.

Lo conquistó de inmediato. Villarruel recibió a Russo en su hogar, en Recoleta. Estaba sentada en un sillón. Se paró cuando lo vio entrar en la habitación. “No sabía que eras amigo de Vicente”, le dijo. Charlaron un buen rato. Él le preguntó cuáles eran sus “muertos en el placard”. Ella le aseguró que no era una negacionista de la dictadura de 1976. Él se quiso asegurar: “¿Estás segura de que nunca, en ninguna entrevista, dijiste que a los guerrilleros habría que haberlos matado a todos o algo así?”. No, le aseguró ella. “No, nunca porque no lo pienso”. Él la probó otra vez: ¿estaba dispuesta la chica de Recoleta a hacer campaña comiendo un choripán en el barrio de Constitución? “Me encanta”, le respondió ella con una sonrisa. Russo no lo sabía, pero Villarruel pasó sus primeros ocho años en ese barrio

porteño. Ella afirmó: tenía muy en claro lo que quería en política. Así nació la alianza entre Milei y Villarruel.

Russo había encontrado la “novia de Recoleta” para el “motoquero sureño”. Una referencia que hizo pública más tarde y que molestó a Villarruel. “¿Así que soy la novia de Recoleta?”.

“Siempre quiso ser diputada”, recuerda Sergio Maculan, quien la trató entre 2012 y 2016, cuando iban juntos a las cárceles a visitar a los militares presos por delitos de lesa humanidad. Su esposa y socia, Josefina Margaroli, asiente y confirma. Villarruel había comenzado a hacer política en el Colegio Público de Abogados de la Capital Federal. En 2014, fue candidata suplente de la agrupación de abogados Bloque Constitucional. La lista buscaba llegar a la silla que ocupan los abogados en el Consejo de la Magistratura de la Nación, el organismo que elige y controla a los jueces nacionales y federales.

Cuando Russo apareció, Villarruel estaba en un momento bisagra. Se había instalado como figura pública a través de las redes sociales pero, sobre todo, con su participación en programas de televisión como *Intratables*. Desde hacía años guardaba un plan B, en caso de que el Celtyv no pudiera seguir sosteniéndose económicamente: trabajar en la agencia de seguridad de su padre, en Rosario. Por eso estudió la tecnicatura en Seguridad Urbana y Portuaria en la Universidad Tecnológica Nacional (UTN), donde se recibió en 2015. Nunca debió activar ese plan. El tiempo de la política llegó antes.

Había intentado incursionar en el terreno partidario con anterioridad. Los primeros pasos fueron frustrados. En 2019, el militar retirado Juan José Gómez Centurión, alumno de su padre en la escuela de comandos del Ejército y veterano de la guerra de Malvinas, le ofreció ser candidata de su espacio en la Ciudad de Buenos Aires. Se conocían de las marchas contra el aborto. Había que formar el partido, salir a buscar afiliaciones a la calle. Villarruel rechazó la oferta. Le dijo que no estaba preparada.

A la semana siguiente, anunció que se sumaba al espacio de Darío Lopérfido y la coalición “Republicanos” en la ciudad de Buenos Aires. “Con Darío tenemos una amistad en la cual él valora la lucha por las víctimas del terrorismo y acuerda con mi militancia provida, la cual además comparto con varios miembros del espacio”, escribió entonces Villarruel en Facebook. Un mes más tarde, Lopérfido renunció a su candidatura para “no perjudicar” al PRO en la Ciudad.

En diciembre de ese año, Javier Milei y Victoria Villarruel coincidieron en un encuentro en Santa Fe, organizado por la entidad de derecha LiberAR Argentina. Los invitados estrella eran Ricardo López Murphy y Gómez Centurión. Una postal de la derecha previa a la pandemia por el Covid-19. Todo cambiaría rápidamente.

Antes de Milei, Villarruel también intentó acercamientos con López Murphy pero no hubo compatibilidades. Cuando Russo la llamó, estaba tratando de formar un espacio con otro economista liberal, Roberto Cachanosky.

En 2021, el economista libertario era la esperanza de un sector de la derecha porteña que buscaba enfrentar al jefe de Gobierno de la Ciudad, Horacio Rodríguez Larreta. Lo consideraban el próximo presidente de Argentina y querían evitarlo. El dirigente del PRO terminaría muy lejos de esa proeza. Uno de los hombres que apostaba a Milei era el militar retirado Gómez Centurión. En sus acuerdos para construir apoyos a la candidatura, le pidió meter dos mujeres en la lista: la segunda y la cuarta candidata a diputados nacionales por la Ciudad.

Gómez Centurión propuso a Villarruel, con el objetivo de introducir en la agenda el debate sobre los 70. En el cuarto lugar pidió a María Fernanda Araujo, para el tema de Malvinas. Además las dos defendían la causa de “las dos vidas” contra la legalización o despenalización del aborto. Así fue como Villarruel terminó en esa lista de tres opciones para Russo.

—No podés llevar a una candidata libertaria como segunda de la lista, tenés que abrirte hacia este lado, esto no es liberalismo, es otra cosa —le planteó Gómez Centurión.

—¿A quién sugerís?

—A Victoria Villarruel. No la tenés que fabricar, ya está fabricada, le va muy bien en televisión, es un perfil fuerte y te va a terminar de consolidar como un candidato de la derecha.

—Me encanta Victoria —respondió Milei.

Tras la reunión, Gómez Centurión le escribió a Villarruel:

—Te acabo de presentar como candidata con Milei.

—Gracias —le respondió a secas.

Desde hace rato, Villarruel ya no le contesta los mensajes. Pero sí al consultor político Mario “Pato” Russo. Russo tuvo una fuerte pelea con Milei. El economista lo expulsó del espacio por desarreglos profesionales, explica un hombre de La Libertad Avanza. Russo, por su parte, dice que se fue por decisión propia. En 2025, el politólogo al que le adjudican la idea de la “casta” está donde siempre apostó: al lado de Villarruel. Aseguran, muy cerca de él, que la asesora para la construcción de su candidatura presidencial. Siempre creyó en ella.

Russo está convencido de que Villarruel es el futuro y que Milei tiene un techo, que el Presidente caerá por su propio peso. Suele decir en las charlas sobre el libertario: “Yo construí el monstruo, pero le puse la bomba adentro”.

Puede haber abismos entre un liberal libertario y una conservadora católica. Pero Milei y Villarruel encontraron puntos inexplicables y hasta sentimentales en común. La intransigente posición en contra de la legalización y despenalización del aborto, la “batalla cultural” contra el progresismo, su desprecio por el ambientalismo, una relación estrecha y profunda con sus hermanas, el amor por los perros.

La campaña de 2021 los mostró unidos, sin rencillas ni desconfianzas. Los ejes de La Libertad Avanza eran la libre porta-

ción de armas para defensa personal y el empoderamiento de las fuerzas de seguridad, la reducción del Estado y del gasto público, la dolarización y la mano dura.

—¿Qué le aportaba Villarruel a Milei?

—Para el conservadurismo, el liberalismo es pecado. Es un concepto que se repite mucho en los ámbitos en los que estamos —explica el ultraconservador Francisco Sánchez, primer secretario de Culto del gobierno de Milei, hasta su expulsión en agosto de 2024—. Ella lo que le ha aportado es esa capacidad de adaptarse y decir que posiblemente no tengamos un grado de adhesión absoluto pero que en este momento se necesita esto. Vamos a adaptar la forma que tenemos de ver el mundo para llevar una propuesta política que aglutine gente de los dos campos. Creo que (Juan José) Gómez Centurión intentó a través de un partido político y su candidatura a Presidente una base filosófica y política, esa base se termina desplazando hacia La Libertad Avanza a través de la figura de Victoria. Para mucha gente que lo veía a Javier como alguien disruptivo y una persona histriónica y fácilmente alterable, ella, con su tranquilidad pero firmeza le aportó muy bien a la fórmula.

Sánchez es un duro que admira a Villarruel. Es un hombre con vínculos con el sector evangélico y se hizo conocido porque en agosto de 2022 pidió la pena de muerte para Cristina Fernández de Kirchner. Llegó al gobierno de Milei con la pretensión de derogar la ley del aborto y cuestionó el divorcio y el matrimonio igualitario. Oriundo de Neuquén, se convirtió en uno de los detractores de los grupos mapuches en litigio por la titularidad de tierras en la Patagonia que han protagonizado presuntos ataques a productores y propietarios de estancias, una pelea en la que también se involucró Villarruel.

Sánchez sería el diputado del PRO que oficiaría como uno de los nexos entre el bloque macrista y la dupla de La Libertad

Avanza. Los macristas lo enviaban a dialogar y negociar los votos de los recién llegados al Congreso.

—Creo que es una persona con potencial para ser Presidente de la Nación. El tiempo dirá, las circunstancias dirán —afirma Sánchez.

Antes de las elecciones de 2021, cuando Milei encabezaba la lista libertaria a diputados nacionales por la ciudad de Buenos Aires, su hermana, Karina, creía que no sacaría más de siete puntos, lo que dejaría a Villarruel, segunda en la lista, fuera del Congreso, escribió la periodista Victoria De Masi en su libro *Karina. La hermana. El Jefe. La soberana*. Por esa razón, no batalló para que esa mujer de la que siempre desconfió no fuera la compañera de lista. Jamás pensó que ganaría una banca.

Las proyecciones de Karina eran mucho más optimistas que las de las encuestas, pero aun así, eran moderadas. La realidad superó sus expectativas. Las de todos. En las primarias de septiembre, La Libertad Avanza obtuvo el 13,66% de los votos y en las elecciones generales del 14 de noviembre, superó el 17%. Fue un batacazo. Los Milei gozaban, pero el triunfo vino con un “paquete” para la hermana: Victoria Villarruel era diputada nacional.

Ingresaron a la Cámara de Diputados como dos marginales de la política. Nadie los vio venir, pero, por entonces, tampoco les daban importancia. Ocupaban las últimas bancas del recinto, al fondo, junto a los diputados de la izquierda.

Estaban aislados, en una Cámara bajo el comando del todopoderoso Sergio Massa, entonces uno de los hombres fuertes de la coalición gobernante, que lideraban Alberto Fernández y Cristina Fernández de Kirchner. No importaba. Quince años antes, investigaba los archivos de la hemeroteca del Congreso para reconstruir las historias de las víctimas de las guerrillas. Ahora, ocupaba una banca.

Villarruel había sido elegida, algo a lo que su sector ideológico no está acostumbrado. Ser elegido. La hija del postergado comando del Ejército, al que le habían negado los honores, había triunfado. “El voto ya demostró que a mí los argentinos no me repudian”, le dirá a *La Nación* a finales de 2023.

El paso de Milei y Villarruel por Diputados fue intrascendente desde el punto de vista legislativo. No asistían a las comisiones, no participaban de los debates —a excepción de algunas intervenciones de ella—: pasaban inadvertidos. Villarruel asistía a las reuniones de los bloques con la diputada Carolina Píparo. Milei se dedicaba a los medios.

Durante sus cuatro años como diputada, Villarruel presentó 16 proyectos, según el archivo del Congreso. La mayoría son pedidos de informes sobre decisiones del gobierno de Fernández, una solicitud para declarar persona *non grata* al mandatario venezolano Nicolás Maduro y al expresidente boliviano Evo Morales, dos propuestas de derogación de leyes (la de competitividad y la emergencia territorial indígena) y un proyecto para modificar una ley tributaria. Acompañó otros 40 proyectos.

Con Milei tenía buena relación. Incluso demostraciones de cariño. Le quitaba la caspa de la solapa del saco, lo asistió con gestos maternales cuando se sintió mal durante una sesión. Conversaban de cosas personales (de él, ella no habla de su vida personal), Villarruel le sugería que le regalara flores a la humorista Fátima Florez. Había afecto real entre ellos. Pero tenía fecha de vencimiento.

La batalla cultural

“¿Por qué los progres nos impusieron la dictadura de lo correcto, nos miran desde su dudoso pedestal de superioridad moral y nos callan? Estamos defendiendo nuestra forma de vida, nuestra libertad de pensamiento y expresión”, dijo Villarruel durante el cierre de campaña del 5 de septiembre de 2021, previo a las

elecciones primarias en las que La Libertad Avanza daría el batacazo.

La Vicepresidenta se hace llamar “vicepresidente”. Además de denostar el lenguaje inclusivo —ni hablar de la e—, está en contra del cupo femenino. Aquel que obligó a Milei, como a todos los candidatos cabeza de listas, a incluir mujeres en las nóminas. Aquel que garantizó que las mujeres ingresaran al Congreso de forma equitativa.

Antes de la ley de cupo femenino, de 1991, la representación de las mujeres en la Cámara de Diputados era de apenas el 4%. Cuatro años después de la sanción de la norma, en 1995, las diputadas llegaron a ocupar el 38% de las bancas. Cuando asumió Villarruel, las mujeres eran el 43% de la Cámara Baja.

—Ella cree que puede encabezar el modelo de la derecha, cree que puede hacer su propio Vox —cuenta un libertario de la primera hora.

Villarruel tiene un buen amigo en el espacio político de Vox, la ultraderecha española: Javier Ortega Smith, quien llegó a diputado nacional, vicepresidente y portavoz del partido en el Ayuntamiento de Madrid. Es hijo de una argentina. Con Villarruel comparte el don de la palabra.

Cada vez que un conocido en común viaja a España desde Argentina, Ortega Smith envía saludos para la Vicepresidenta y ella lo visita cuando coinciden en la capital española. En el espacio de Villarruel le atribuyen haber introducido a Milei en ese mundo de aliados que ahora ostenta el Presidente.

En agosto de 2019, durante una visita en Buenos Aires, Ortega Smith y Villarruel compartieron una charla en el Palacio Paz, sede del Círculo Militar, organizada por ella. El encuentro se denominó “Desafíos de la batalla cultural”. Vestida con una blusa amarilla radiante, aseguró que la decadencia de la sociedad actual comenzó cuando Cuba se alineó con la Unión Soviética

durante la Guerra Fría y ante una “necesidad de revancha que encarnaba el mediocre médico argentino Che Guevara”.

“Después fueron por las instituciones”, dijo Villarruel, y criticó la reforma constitucional de 1994: “Fue modificada para incluir mucho de lo que sería la batalla cultural de las décadas siguientes”. Hablaba del “socialismo del siglo XXI”. “La izquierda fue tornándose en progresismo”. “Ahora la cuestión es imponer una agenda internacional de nuevos derechos, que en realidad son la base de la desigualdad y la discriminación que van a sufrir una gran cantidad de otros ciudadanos: derechos como los de los pueblos originarios, el lobby LGBT, la ideología de género, el supuesto derecho al aborto, el rechazo a las Fuerzas Armadas, la aplicación de la Justicia transicional, la legalización de las drogas, la eutanasia, el animalismo, etcétera”. Un combo de enemigos invisibles, instigados, repitió, por Cuba.

Ortega Smith aprovechó la charla para alentar a la derecha argentina: explicó que cinco años antes eran “25 locos” en Vox y que para 2019 tenían 50.000 afiliados, tres millones de votantes, eurodiputados, bloque propio en las Cortes y algunos cientos de alcaldías.

“Por fin, después de tantas décadas, se empieza a respirar libertad”, dijo cuando viajó a Argentina para la asunción presidencial de Milei, en diciembre de 2023. “Ojalá lo entendamos también en España: hay que sacarse de encima a los progres, al socialismo y al peronismo”.

“A mí me llevó dos años, casi tres, estudiar cómo lo habían hecho los españoles. Cómo era el enfoque. Cómo era el derecho en este tema. O sea, yo esto lo aprendí después de recibida en la Facultad (...) Nosotros nos inspiramos en la lucha que llevaron adelante los españoles, las víctimas de la ETA para lograr ser reconocidas por el Estado español. La ONG [por el Celyt] replica en lo que se puede el modelo de los españoles”, le contó Villarruel

al sociólogo Cristian Nicolás Palmisciano en una entrevista para su tesis en 2017.

En España, Villarruel se hizo su lugar no solo entre las organizaciones de víctimas de la ETA sino en especial entre la derecha y ultraderecha. En 2022, por ejemplo, fue invitada a exponer en el panel “Soluciones políticas: la reconquista de la libertad”, por el Grupo de Acción Política ECR-Eurolat del Parlamento Europeo, un sector de la derecha conservadora en lo político y liberal en lo económico.

El Senado es escenario habitual para propagar los ejes de la batalla cultural de Villarruel. El aborto, ese otro punto de conexión con el Presidente, tuvo una serie de jornadas oficiales durante marzo de 2025. En la primera charla del ciclo “Políticas para cuidar la vida”, organizado por la Dirección de Cultura de la Cámara, los expositores hablaron sobre el niño por nacer.

El primero en tomar la palabra fue Miguel Ángel Schiavone, rector de la Universidad Católica Argentina (UCA), quien declaró que la disminución de la tasa de nacimientos es una “epidemia” que debe ser combatida, criticó a las personas que optan por la soltería y viajar o tener hijos después de los 40, y consideró que la inserción laboral de la mujer es un “fracaso”. También dijo que la inserción de la mujer en el deporte es para vender más botines (más tarde tuvo que disculparse). Luego contó cómo en 1967 un personaje de Disney, el Pato Donald, imponía el control de la natalidad a América Latina.

Otro médico, el pediatra Abel Albino, presidente de la Fundación Cooperadora Nutrición Infantil (CONIN), cantó la canción de los Tres Chanchitos luego de pedir a las autoridades que, si están tan preocupados por los niños, que se encarguen de hacer cloacas para que no mueran por enfermedades infecciosas (cordura, al fin).

Villarruel cerró el encuentro. “Ofrecer el aborto es abandonarnos a la mediocridad y desaliento”, afirmó. “Poner vida y fa-

milia en el centro de las preocupaciones políticas es revolución moral y política”, aseguró frente a un auditorio de académicos alineados y referentes religiosos.

Tácticamente Villarruel

Fue en marzo de 2017. En dos semanas, Villarruel cumpliría 42. Estaba por protagonizar su duelo más famoso, que hizo reconocer hasta a sus detractores que era la mejor vocera de la derecha. Hasta el último debate con Agustín Rossi, en noviembre de 2023, cuando se superó a sí misma.

Aquel 23 de marzo de 2017, la periodista Clara Mariño, histórica productora de Bernardo Neustadt en *Tiempo Nuevo*, la llamó por teléfono. Había dialogado con varios referentes de la derecha y nadie quería aceptar lo que proponía: un debate con el exnúmero dos de Montoneros, Roberto Perdía, y el exdirigente del ERP Luis Mattini (Arnol Kremer). Cuando Clara Mariño llamó a Villarruel se disculpó: “No consigo a otra persona para que puedan ser dos de un lado y dos del otro”. “No importa”, le contestó la presidenta del Celtyv. “Yo voy”. “Vas a estar sola”, le advirtió Mariño. “No tengo ningún problema”, retrucó Villarruel.

Lo que vendría después para Mattini y Perdía sería como el nombre del programa lo indicaba: “A fuego lento”. Villarruel acaparó la discusión, defendió a las víctimas civiles de las organizaciones armadas, contraargumentó cuando la acusaban de defender a los “genocidas” y sus oponentes no pudieron superar cierta endeblez argumental.

Mattini, para justificar los crímenes de las guerrillas, dijo: “San Martín mató a un montón de gente”. “Se han cometido un montón de errores”, trató de corregirlo Perdía. Villarruel no interrumpió, los dejó hablar, hasta que Mariño y el coconductor, Ceferino Reato, le cedieron la palabra. Tiene la habilidad de responder sin enojarse y al mismo tiempo demostrar su indignación.

“Me resulta sorprendente —afirmó Villarruel— estar con dos personas que fueron los principales líderes, junto con otros, de las dos más importantes organizaciones terroristas que hubo en este país, y que denominan errores a los 1094 asesinatos, las 4380 bombas que se pusieron en nuestro país, los 2368 heridos que causaron los atentados terroristas, los 756 secuestros, los copamientos de pueblos, unidades militares, comisarías, todo eso no fueron errores. Me gustaría mostrar uno de los errores de estos señores, el asesinato de un contador de la empresa Bunge y Born —muestra la foto—, un simple contador que fue asesinado por estos señores, por la organización Montoneros. Me gustaría mostrar al Capitán Viola, con su hija menor que fue asesinada a los tres años, y con su hija de cinco que resultó herida —muestra la foto—. Me gustaría mostrar los partes de guerra —los muestra a cámara— que estos señores lanzaban en la guerra que ellos iniciaron durante la década del 70, y de la cual no son responsables [sic]. De este lado hay muertos, heridos, mutilados, personas que tienen hasta el día de hoy secuelas psicológicas gravísimas. Del otro lado, hay dos personas que están impunes hasta el día de hoy”.

Villarruel era la portavoz de una causa difícil de denostar, incluso para dos altos cuadros formados en la adversidad y de gran experiencia política: víctimas de atentados con bombas, civiles —incluso niños— asesinados durante tiroteos entre guerrilleros y policías o en represalias de las organizaciones armadas, secuestrados en “cárceles del pueblo” a cambio de millones de dólares. La mayoría de los hechos, como suele resaltar, fueron cometidos durante el gobierno democrático de Perón-Perón (1973-1976).

Otra oportunidad en la que lució su bravura y una notable consistencia en la argumentación fue el 8 de noviembre de 2023. Era candidata a vicepresidenta de la fórmula que competía contra Sergio Massa y Agustín Rossi (Unión por la Patria).

Tenía 48 años. Se había preparado unas horas antes en el estudio jurídico de su mano derecha de entonces, su jefe de Despacho en Diputados, Guillermo Montenegro, un ex PRO. Vistió jeans azul claro, camisa blanca, con su costumbre de dejar solo la mitad de la prenda dentro del pantalón, y un sello personal que empezó a hacerse ver: prendedores en forma de escarapela. Rossi asistió con su familia y aliados políticos. Ella, solo con integrantes de La Libertad Avanza.

“A partir de ahora todo lo que vas a escuchar de [parte de] Agustín Rossi es mentira”, arrancó Villarruel. Le achacó a la fórmula oficialista el aumento de la pobreza, el ajuste a los jubilados, el aumento de los alquileres. Increpó a Rossi sobre los problemas cotidianos de los argentinos. Miró firme a cámara. Apenas consultó sus anotaciones. Guillermo Montenegro la asesoró durante los cortes.

Los kirchneristas no podían disimular las caras largas entre el público del estudio de televisión. “¿Sabés qué, Rossi? Estoy indignada, indignada del nivel de pobreza que hay en este país. Tenemos 40 por ciento de pobres, 20 por ciento en la indigencia. Gente que hoy no va a comer, mientras nosotros estamos haciendo este debate, cuando termine, va a haber 200 pobres nuevos. Cómo no voy a estar indignada. Sangre de pato tenés que tener para no indignarte”. Su desempeño en el debate tuvo una enorme repercusión. Demostró que su mejor arma son las formas, que además de poder encarar estrategias, sabe de táctica. Es determinada a la hora de estructurar una argumentación agresiva, decisiva para asegurar un resultado favorable.

Rossi apenas pudo defenderse. Intentaba no agredirla, mostrarse tranquilo, racional, pero se lo veía molesto y abatido. Le estaban ganando por *knock out*.

—Victoria, más allá del fenómeno Milei, sumaba, le acercaba una cantidad de gente que no necesariamente se correspondía con la juventud libertaria y los independientes. Es el sector na-

cionalista, católico, conservador, que la veía a Victoria con una larga trayectoria —explica Vicente Massot.

La decisión de que Villarruel sea su vice fue de Milei. Surgió casi por necesidad, pero con convencimiento, dice uno de los hombres que acompañó al libertario durante toda la campaña presidencial.

—Había otros candidatos y no se definieron —cuenta el integrante de la campaña de La Libertad Avanza—. [La conductora] Viviana Canosa, por ejemplo, fue pensada como vice y como candidata a gobernadora, pero no quiso. Diana Mondino —que más tarde sería canciller— fue pensada como vice pero no se definía y cuando Javier la voltea y decide que sea Villarruel, Diana dijo que quería ser, pero ya era tarde. Era un candidato de 20 puntos en las encuestas y esperábamos 12 puntos en las PASO. Sacó 30. Nadie se lo esperaba.

Milei le contó su decisión a Villarruel meses antes de anunciar públicamente que sería su compañera de fórmula. Le pidió que no dijera nada. Dicen que se enteró incluso antes que Karina, a quien él define como “el Jefe”.

Con Mario “Pato” Russo fuera de escena, Milei ponderó como armador de su campaña presidencial a Carlos “Chino” Kikuchi, exjefe de prensa y de campaña de Domingo Cavallo, el superministro de Economía de Menem y padre de la convertibilidad del peso en los años 90.

Al principio, todo fue cuesta arriba en la campaña 2023. Tenían poco dinero. Kikuchi recurrió a empresas y sindicatos para apuntalar la fiscalización: necesitaban 100.000 viandas para los fiscales, carpetas y lapiceras. Necesitaban logística. El sindicato gastronómico de Luis Barrionuevo puso la comida. También aportó en el armado el gremialista Gerardo Martínez, de la construcción.

Las estructuras locales bancaban los gastos de las caminatas. Por ejemplo, en Mendoza y Córdoba, las solventó el Partido De-

mócrata. En Salta, el dirigente Alfredo Olmedo. En Tucumán, Ricardo Bussi, hijo del comandante del Operativo Independencia y gobernador de facto, Antonio Bussi. Antes de las elecciones primarias, muchos gobernadores también colaboraron en las sombras: “Los gobernadores necesitaban a Javier, por eso colaboraron cuidando los votos de La Libertad Avanza. A cambio, solo exigían que haga campaña en el territorio para garantizarse los 20 puntos que le daban las encuestas. Cuidar los votos de Javier les permitía aplacar al principal espacio de oposición que buscaba ganarles en sus provincias”, cuentan aliados del Presidente. Salió todo mal.

Después de la sorpresa de las PASO, aparecieron empresarios y más sindicatos. El espacio contó incluso con su propia estructura de fiscalización. Sacaron 30 puntos en la primera vuelta y entraron al *ballottage*.

Durante la campaña de 2023 y ante la ausencia de equipo propio, Villarruel se rodeó de hombres clásicos tanto de las bambalinas como de las primeras filas peronistas de siempre. Estaban nucleados en Encuentro Federal, la fundación del espacio político Peronismo Republicano, que tiene como principal referente a Miguel Ángel Pichetto. Entre sus colaboradores se encontraban la exdiputada Claudia Rucci y Miguel Ángel Toma, secretario de Inteligencia durante el gobierno de Eduardo Duhalde, entre 2002 y 2003, y exsecretario de Seguridad de Menem en los años 90.

Toma y Villarruel se conocen desde hace dos décadas, cuando la presidenta del Celyt pidió conocerlo a través de un conocido en común. Él es un todoterreno, con excelentes relaciones en la embajada de Estados Unidos y el sector de la Inteligencia. Hablan cada tanto y él le aconseja cómo diferenciarse de Milei, cómo construir su espacio.

Durante la campaña, los peronistas la ayudaron a conseguir dinero para la logística porque el espacio de Milei no le daba ni

para los pasajes de avión. Esa exclusión, digitada por Karina Milei, se fue haciendo más manifiesta a medida que pasaban los meses.

Aquellos hombres tenían un plan para Villarruel en tres áreas de gobierno —Seguridad, Defensa e Inteligencia— y unos 30 técnicos dispuestos a ejecutarlo. Ella ya tenía dos asesores en la materia: el coronel retirado y especializado en Inteligencia, Jorge Vives, y el también militar Claudio Gallardo, exdirector general de Inteligencia del Ejército durante el gobierno de Macri. A principios de 2025, ambos todavía la acompañaban en el Senado. Gallardo era una especie de jefe de Gabinete.

Sin embargo, los hombres de Peronismo Republicano no querían a ninguno de ellos dos como tomadores de decisiones. Consideraban que los exmilitares de confianza de Villarruel son estructurados y están “desactualizados”. “Se quedaron en Malvinas”, dicen los peronistas. Tenían otros nombres en mente. Vicente Massot era el candidato a ministro de Defensa. Miguel Ángel Toma estaría a cargo de la secretaría de Inteligencia. Seguridad era una incógnita aún.

—Quien más la ayudó a pensar fue alguien que nadie conoce y que fue un oficial de Inteligencia muy bueno. No puedo dar su nombre —dice un allegado a la Vicepresidenta. Siempre la Inteligencia dando vueltas por ahí.

—¿Se conocen por el padre?

—Se conocen desde hace tiempo pero no por el papá. Son amigos.

Nada de lo que planearon fue posible. Tras la primera vuelta electoral, Milei pactó el apoyo de Macri para garantizarse los votos en la segunda contienda contra Massa. El acuerdo tiró el plan de Peronismo Republicano y Villarruel por la borda, cuando el economista libertario anunció que Patricia Bullrich y Luis Petri asumirían en los ministerios Seguridad y Defensa. Nicolás Posse, por su parte, tomaría el control de la secretaría de Inteligencia. Es una historia de tormentas y traiciones.